

# Profana de religiosos y religiosa de profanos

Miguel de Santiago

*En Madrid, y a muy poca distancia entre sí, se han desarrollado dos exposiciones en el último trimestre de 2008. Se trata de la titulada Obras maestras del Museo de Montserrat en BBVA (De Caravaggio a Picasso) y de Rembrandt, pintor de historias. La primera abunda en temas profanos; la segunda, en religiosos. Los ambientes o espacios escénicos en que ambas se desarrollan no están especialmente logrados, si bien para la segunda se ha logrado una iluminación íntima en paralelo con la que el artista que la protagoniza impregna muchos de los cuadros que aquí se muestran.*

## Obras de los benedictinos de Montserrat

En la sala de exposiciones BBVA del Palacio del Marqués de Salamanca, en el Paseo de Recoletos, estuvo durante dos meses la muestra antológica de *Obras maestras del Museo de Montserrat en BBVA (De Caravaggio a Picasso)*. Han sido seleccionadas unas cien piezas del mencionado museo para dar a conocer las líneas de contenidos y de estilos que alberga. Pueden verse algunas piezas de arqueología, capiteles góticos o esculturas componentes de antiguos monumentos arquitectónicos, bastantes pinturas, grabados, etc.

El visitante puede pensar que, por tratarse de un museo y de unas colecciones que son propiedad de una comunidad de monjes benedictinos, la mayoría, si no la totalidad, de las obras

que contiene deberían ser de temática religiosa. Y no es así, entre otras cosas porque las obras han llegado al monasterio de Montserrat a través de donaciones. Y cada donante lega lo que tiene; y quien recibe acepta lo que le regalan. Los avatares del monasterio de Montserrat, en sus casi mil años de existencia, desde que fuera fundado como una extensión del monasterio de Ripoll por su abad Oliba, han sido reiteradamente trágicos para su patrimonio histórico-artístico; no se independizaría de Ripoll hasta el siglo XV. Un momento devastador fue, como en tantos otros puntos de España, la invasión napoleónica de 1811-1812. Pasados tres lustros de aquel saqueo e incendio, el monasterio catalán volvió a recobrar el esplendor artístico por obra y gracia del canónigo Yglesias. Este eclesiástico donó su colección de cuadros y estampas. Pero pocos años después volvería a vivirse en España otro momento demoledor para la Iglesia y sus posesiones, esta vez surgido y desarrollado en el solar hispano. Se trataba de la desamortización de los bienes eclesiásticos decretada por los Gobiernos progresistas de la época.

Así pues, como no podía ser de otra manera, en el Museo de Montserrat abunda la pintura, sobre todo la de los siglos XIX y XX. Cuando empieza a fraguarse lo que hoy es este importante museo es en tiempos del abad Marcel, quien dona una importante colección de más de centenar y medio de obras de pintura italiana de los siglos XVII y XVIII.

Tiene también un papel importante en la configuración museística el abad Brasó. Y abre el período de sucesivas donaciones el industrial y coleccionista Josep Sala: fue hace un cuarto de siglo cuando éste donó una importante colección de pintura ochocentista, noucentista y modernista. Luego llegarían obras de las vanguardias europeas y de los impresionistas, donadas por el arquitecto Xavier Busquets. Y otras donaciones del farmacéutico Cusí...

No todas las obras que han podido ser contempladas en Madrid tienen el mismo interés, es decir, no todas son obras maestras, como reza el título de la exposición, pues nos encontramos con autores de segunda fila o con obras menores de autores que indudablemente no son de primera fila. No obstante, hay obras de indudable calidad, como la que centra la atención desde el momento en que se accede a la muestra: «San Jerónimo penitente» de Caravaggio. La figura luminosa e iluminada de aquel santo austero, con los músculos y rugosidades de su torso desnudo, resalta sobre el fondo negro. La expresión del rostro meditabundo apoyado sobre su mano derecha centra la atención, aún más acentuada por la perfecta ejecución artística de la fina y sugerente corona, un detalle muy logrado por el gran pintor italiano del cruce de los siglos XVI y XVII, introductor del objetivismo y del tenebrismo en la pintura. Esta obra, en concreto, no es fruto de donaciones, sino que fue adquirida en 1915 en una subasta celebrada en Roma.

La pieza más antigua es un relieve en piedra, datado hacia 1200, que representa a la «Virgen con el Niño»; la más reciente es una obra de Antoni Tàpies, titulada «Montserrat siglo XXI», que está realizada con tinta china, pastel, acrílico y aguada sobre papel.

Como de donaciones se trata —y precisamente hechas al más significativo monasterio catalán (¿podría decirse al más significativo del catalanismo?)—, no es de extrañar que encontremos abundante obra de los artistas catalanes de los dos últimos siglos. Montserrat fue refundado y reconstruido en el siglo XIX tanto para ser lugar de encuentro espiritual como sede social emblemática de la catalanidad, aspecto éste que explica las donaciones de catalanes a Cataluña (aunque no tiene por qué explicar —o sí— la ausencia de donaciones de españoles a España).

Además de los mencionados Caravaggio y Tàpies, podemos citar nombres clásicos y más modernos, como Pedro Berruguete (con su «Nacimiento de la Virgen», de estilo inconfundible), los impresionistas Edgar Degas, Claude Monet, Camille Pizarro y Alfred Sisley (con «El deshielo en Port-Marly»), Santiago Rusiñol (con «Café de los Incoherentes», de lograda perspectiva, junto a otros que describen sus característicos paisajes), Julio Romero de Torres (con «Esperando», donde vemos a una madre con sus dos hijos pequeños, personajes los tres de miradas sobre-cogedoras), Ramón Casas (con cuadros como «Madeleine», «La Parisien», «Joven decadente» o «Antes del

baño», protagonizados por bellezas femeninas, sugerentes y eróticas), Isidro Nonell y Monturiol (con el conmovedor cuadro titulado «Un pobre chiquillo», entre otros), Ramón Martí, Josep Llimona, Modest Teixidor, Joaquín Torres-García, Pablo Ruiz Picasso (de entre las varias piezas que podemos ver cabe destacar «El viejo pescador» y «El monaguillo», pertenecientes a su primera época, pues data de los últimos años del siglo XIX, cuando el pintor aún era adolescente), Salvador Dalí (su composición con tres figuras fechada en 1926 «Academia neocubista»), Juan Gris (tintas chinas realizadas para la revista satírica «L'assiette au Beurre»)...

Lo que han pretendido los monjes de Montserrat, de la mano del director del Museo, el benedictino Josep Laplana, y el abad del monasterio, Josep Maria Soler, es manifestar a la sociedad no catalana que en aquel monasterio de la comarca barcelonesa del Bages existe un museo con obras de gran calidad artística, de variados estilos y con amplia temática, no sólo religiosa, debido a sucesivas donaciones de particulares, sobre todo en los últimos años.

Decía el P. Laplana el día de la inauguración de la muestra que todo se ha debido a la sintonía del monasterio con la sociedad catalana, a la cordialidad y complicidad con la burguesía de la comunidad benedictina, lo cual ha permitido que muchas personas donasen sus propios cuadros al morir y hoy exista un importante espacio artístico en aquella abadía de Cataluña.

### Temas religiosos de Rembrandt

En el Museo del Prado puede verse una extraordinaria selección de obras de Rembrandt, agrupadas con el título de *Pintor de historias*. Si en la muestra se encuentran cuadros de Tiziano, de Rubens, de Ribera, de Velázquez o de Veronés (pertenecientes a la colección

---

*la exposición resulta conmovedora por diversos motivos: por la calidad de las interpretaciones artísticas, por el alma que infunde el pintor a sus personajes y por la ambientación lograda por medio de una iluminación íntima, que tiene una cierta inspiración en la luz con la que Rembrandt impregna muchas de sus obras*

---

del Museo del Prado), obedece únicamente a la idea de contextualizar, de ayudar a la comprensión de una determinada obra, de servir de contrapunto, de establecer un «diálogo» —como suele decirse— entre esos cuadros y algunos determinados de Rembrandt que continúan o siguen un modelo estético o reaccionan ante él.

Rembrandt, pintor, grabador y dibujante holandés, nació en 1606 y murió

en 1669. Es uno de los grandes exponentes del arte europeo, el único hijo de aquella familia numerosísima que recibió formación humanística. Sus obras de temática histórica y bíblica se deben a la influencia de sus maestros Pieter Lastman y Jan Lievens. Por supuesto Rembrandt pintó muchas más obras de tema religioso que las que pueden verse en la exposición madrileña.

Lo que queda claro y manifiesto cuando se acaba de ver esta selección —que sigue un orden expositivo cronológico— es que Rembrandt es un autor inquieto en la búsqueda de temas, sean de la mitología, de la historia o de los relatos bíblicos; asimismo puede deducirse esa inquietud si se observan detenidamente las diversas representaciones de las emociones, tanto de los personajes que pueblan los lienzos como las que pretende transmitir a quienes los contemplan. La concentración psicológica y la sugerencia son algunas de las coordenadas en las que se enmarca la pintura que aquí podemos ver. De ahí que la exposición resulte conmovedora por diversos motivos: por la calidad de las interpretaciones artísticas que tienen temas que suelen ser recurrentes en la historia del arte, por el alma que infunde el pintor a sus personajes y, además, por la ambientación lograda, pese a la frialdad de las salas, por medio de una iluminación íntima, que tiene una cierta inspiración en la luz con la que Rembrandt impregna muchas de sus obras.

Los encargados de la organización de la muestra *Rembrandt, pintor de historias* en el Museo del Prado apuntan que los temas elegidos por el artista son idóneos para representar las reacciones de las personas ante situaciones dramáticas, y con ello explorar la condición humana. La aportación del pintor holandés al arte universal se concreta en el hecho de que, huyendo de las características propias de la pintura de su tiempo, es capaz de sugerir grandes dosis de emotividad a quien contempla sus obras. Rembrandt humaniza las historias que plantea en sus lienzos.

Cuarenta piezas, traídas de veinte puntos distintos del mundo, son suficientes (viene a ser la tercera parte de su pintura de «historias») para hacerse idea de la trayectoria del genio artístico de este holandés del siglo XVII. Hay que tener en cuenta que el Museo del Prado de Madrid solamente tiene un cuadro de él, el titulado «Artemisia», si bien se trata de una obra maestra por su tratamiento de las formas, de la luz y del color, por la reducción a lo esencial en la narración de la historia, por la búsqueda del modelo o ideal femenino...

Rembrandt dominaba el retrato, pero no fue un pintor que se dedicara en exclusiva a esta temática. La exposición se abre y se cierra con dos excelentes autorretratos del holandés. Pero se centra en las historias inspiradas en la Biblia y en la mitología. Si barrocos son los retratos y barrocos los cuadros dedicados a retratar personajes (de los

cuales, aunque sean estrictamente históricos, nunca hubo testimonios fotográficos, como es evidente), barrocos son también los recursos teatrales que componen las escenas de las «historias» pintadas: los decorados y la iluminación, sobre todo.

La muestra es muy intensa por la excelencia de las piezas reunidas y por ser abarcadora y significativa tanto de las diversas etapas de Rembrandt como de los temas que abordó. Incluso se exponen grabados con escenas de la vida de Cristo: predicando, presentado ante el pueblo coronado de espinas, crucificado entre dos ladrones y bajado de la cruz (donde, por cierto, el artista holandés se autorretrata en la figura de mayores dimensiones).

A una primera etapa, que corresponde a su período juvenil, a sus años de formación en Leiden, mientras busca estilo y sigue el magisterio de Lastman, pertenecen obras como «Lapidación de San Esteban» con un aire italianizante, como «La expulsión de los mercaderes del templo» con influencias de Caravaggio por el aire de misterio que impregna a la escena con sus zonas oscuras y la incidencia de la luz allí donde quiere concentrar la atención del espectador, como «Judas devolviendo las treinta monedas de plata» con una teatralización de gestos y posturas para resaltar las reacciones emocionales de piedad o de miedo o de desesperación, como «David ante Saúl» con la una interiorización cargada de pasión, como «Jeremías lamenta la destrucción del templo», como «Si-

meón en el templo», como «Salomé con la cabeza del Bautista», como «Judith en el banquete de Holofernes», como «Susana y los viejos»...

A la segunda etapa de Rembrandt, ya en Amsterdam, corresponden los momentos de éxito artístico. Lo que acabamos de apuntar referente a la teatralización de su pintura, al lenguaje de los gestos, al tratamiento de la luz, toma carta de naturaleza en cuadros como «El banquete de Baltasar» (con la concesión erudita de pintar unas palabras arameas con caracteres hebraicos), como «Sansón cegado por los filisteos» (de gran formato, que viene exigido por el dinamismo teatral y la complejidad de la composición, y también con una luz a la manera de Caravaggio ubicada allí donde la reclama el argumento —violento, cruel, brutal: los filisteos sacan los ojos a Sansón— y no donde espera encontrarla el visitante), como una «Sagrada Familia» (con influencia de Rubens: detalle del pecho descubierto de la Virgen), como «Cristo y la mujer adúltera»...

Y, por último, a los años de la metamorfosis artística de Rembrandt, coincidentes con los momentos de desgracias personales que acontecen en su vida, corresponden esos cuadros en los que empieza a abandonar, aunque no totalmente, los rasgos característicos del barroco, con figuras más tranquilas, escenas carentes de movimiento, expresiones menos profundas... A esta etapa corresponden cuadros co-

mo «El apóstol Bartolomé» (con un cuchillo en la mano derecha, símbolo o atributo de su martirio, tiene una expresión en el rostro que refleja cierto parentesco con el arte de Rubens, quien también pintó a este apóstol), como otra versión de la «Sagrada Familia» (con predominio de los colores suaves en una escena recogida, íntima, tierna, delicada, llena de naturalidad), como «Betsabé» (con la belleza como característica de aquella mujer, esposa del rey David que se enamoró de ella al contemplarla mientras se bañaba y madre del rey Salomón, a la que, indudablemente, Rembrandt lanza una mirada de comprensión ante su agitada historia y le coloca una expresión de tristeza y el brillo de una mirada sombría; algunos han querido ver plasmado en ella el ideal de belleza que tenía el pintor, ya que estaría retratando a la que era su ama de llaves y amante).

El autorretrato con el que se cierra la muestra *Rembrandt, pintor de historias* quiere dar a entender que la expresión de lamento amargo, que puede confundirse con la risa también amarga, da a entender que la vida del artista ha dado un giro radical con la muerte de su primera esposa, con el declinar de su fama de pintor, con la bancarrota de su patrimonio, con la muerte de su hijo... Se retrata a sí mismo viéndose como un hombre viejo y acabado: quizá se ríe de sí mismo porque ya no le quedaba, entonces, nada más que perder. ■